

INTRODUCCIÓN

LA POBREZA Y LOS MODOS DE ACTUAR DE LA GENTE







Al pensar en cómo funcionan las cosas en Venezuela, con frecuencia nos viene a la mente el ejemplo del tránsito, que ilustra la tendencia del venezolano a comportarse caóticamente en determinadas circunstancias. Este ejemplo, basado en el comportamiento real promedio, sirve también para explicar cómo reaccionan los venezolanos frente al problema de la pobreza.

Fijémonos en un hecho concreto real. Un día un fiscal de tránsito detuvo a un transporte público por recoger pasajeros fuera de la parada, e intentó inculcar al chofer el respeto a las normas establecidas y la conveniencia de recoger los pasajeros únicamente en los lugares señalados para mantener el orden en las vías de tránsito. Además, cumpliendo con su función de representante de la autoridad, indicó educadamente al chofer que le debía imponer una multa por la falta cometida. Por fin decidió no multarlo, pero le explicó al conductor de la unidad que

el hecho de haber estado detenido unos diez minutos le había hecho perder alrededor de una docena de pasajeros: unos porque dejaron de montarse, y otros porque se bajaron reclamándole al fiscal el que los molestara para “buscarse un redondeo”. Ante esas reacciones el fiscal, que realmente actuaba de buena fe, dejó que el chofer continuara su camino.

Este es un caso muy común, y puede ser interpretado de diversas maneras. No nos interesa profundizar tanto en el problema del tráfico sino simplemente usarlo de ejemplo introductorio.

Una lectura posible nos muestra el lado anárquico de los venezolanos que se resisten a la autoridad –representada aquí por el fiscal– y a la obediencia a las normas, que en este caso implica detenerse a recoger o dejar pasajeros únicamente en las paradas. Vemos además que la actitud de los pasajeros tiende a premiar a quien incumple las normas y critica a quien se comporta cívicamente.

La reacción normal en el fiscal va a ser, tarde o temprano, dejar de aplicar las normas por el desgaste que le supone el inculcarlas. Además, por su condición de asalariado del sector público, verá que puede resultar rentable “usufructuar” su rol de autoridad y obtener ventajas de él, ya que ningún otro fiscal lo va a controlar o reprochar por ello.

De esta manera, el sistema termina premiando a quienes utilizan un puesto público en provecho propio, y pone dificultades a quienes se apegan a las normas.

Según esta lectura, el gran problema aquí es nuestra cultura, que tiende a soslayar las normas, resistirse a la autoridad y usar lo público para beneficio privado. Somos desordenados porque culturalmente estamos programados para eso, porque participamos de una cultura que nos impide actuar ordenadamente.

Este ejemplo, llevado al tema de la pobreza –que puede ser en cierta manera equiparada con el problema del orden–, puede llevar a lecturas similares. Somos pobres porque participamos de una cultura que nos impide orientarnos y actuar productivamente.

Hay en esta apreciación algunas cosas ciertas –como el hecho de que con frecuencia nos identificamos con actitudes desordenadas e improductivas– pero si nos limitáramos a hacer esta lectura, terminaríamos por interpretar la realidad inadecuadamente, ya que haríamos un análisis incompleto de la misma.



Una lectura posible nos muestra el lado anárquico de los venezolanos que se resisten a la autoridad –representada aquí por el fiscal– y a la obediencia a las normas, que en este caso implica detenerse a recoger o dejar pasajeros únicamente en las paradas.


1

Zona céntrica de Caracas
caracterizada por su tráfico
humano y automotor.

Volviendo al ejemplo del fiscal y del chofer, si vemos un poco más allá notaremos que la parada de la Avenida Baralt, frente a Quinta Crespo¹ –donde realmente ocurrió este hecho– mide poco más de diez metros. La parada se satura con un par de carritos por puesto, sin contar los autobuses, que son frecuentes en la zona. Los pasajeros, para poder abordar el transporte que les conviene, deben salirse forzosamente de la parada. Un uso racional de las paradas, tal como lo pretende el fiscal –y este no puede pretender más que eso– implicaría que las mismas fueran tan largas como para contener, por lo menos, unos cinco o seis carros por puesto. La fluidez en dicha parada, tomando en cuenta que gran parte de la población de esta zona se mueve en transporte público y que la avenida consta sólo de dos canales, no puede ser tan rápida. Dado que en estas circunstancias la parada termina siendo más un problema que una solución y que el chofer necesita, por razones económicas, buscar la mayor cantidad de pasajeros posibles, para competir necesita recoger gente fuera de las paradas.

Un rediseño de las paradas tendría repercusiones de importancia en el tráfico de esta y otras vías principales del centro de la ciudad. La lectura desde este punto de vista –más completa y compleja– nos ofrece algunos elementos que nos llevan a pensar sobre lo que efectivamente está en juego: ¿es un problema de cultura, de normas, de instituciones o de recursos? La respuesta nos llevaría entonces a colocar la luz sobre dos escalas diferentes de la vida social: el individuo como parte de una masa humana o el individuo en sociedad.

Continuando con el ejemplo, ahora en una perspectiva más compleja, podríamos sacar algunas conclusiones: una sería que el chofer actúa de manera lógica según sus necesidades particulares, entre otras razones, porque el modo correcto de actuar según las normas implicaría perjudicar sus requerimientos socioeconómicos; dos, el fiscal está limitado en su tarea porque la solución al problema –el uso de la parada– termina siendo más un inconveniente que una solución; tres, la solución inmediata al problema –el rediseño de las paradas– no puede hacerse sin afectar el tránsito en la arteria vial y, por ende, en todo el centro de la ciudad. Cabe preguntarse frente a la idea de que actuamos como actuamos por nuestra herencia cultural: ¿la actitud del chofer es una manifestación de su cultura o, como en cualquier lado del mundo, es un acto lógico en la medida en que actúa según sus intereses? ¿La ausencia de normas y orden

 *Vemos además que la actitud de los pasajeros tiende a premiar a quien incumple las normas y critica a quien se comporta cívicamente.*



que beneficien a la vida social se origina en nuestra cultura? ¿Al final de cuentas, hablamos de la cultura del chofer o de una sociedad entera?

La solución implicaría considerar aspectos de orden institucional (el rol del fiscal y de las paradas), de orden socioeconómico (la necesidad del chofer de hacer rentable su labor pero también la presencia de buhoneros y las limitaciones de recursos de la Alcaldía para ejecutar un proyecto de remodelación del tránsito en la zona), y de orden cultural (la viabilidad de educar a los choferes, transeúntes y conductores privados en el uso de las nuevas normas). El problema del tráfico en la Avenida Baralt sería entonces un asunto multidimensional, donde el cambio cultural pasa por un rediseño de las instituciones y del uso de los recursos.

El tema de la pobreza, sin lugar a dudas, es el problema más apremiante de la sociedad venezolana, no puede ser objeto de una consideración tan simplista como la lectura superficial del problema del tráfico caraqueño. Para el año 2002, casi un 70% de la población se encontraba en situación de pobreza y un 29% en pobreza crítica; para el año 1978 estas cifras eran respectivamente de 17% y 6%. De cada 10 trabajadores, cinco trabajan en la economía informal, dos están sin trabajo, uno trabaja en el sector público y dos en el sector privado, es decir, sólo tres de cada 10 trabajadores están en situación de productividad. En los últimos 24 años, el PIB ha crecido anualmente un 0,9% en promedio cuando la población crece a un ritmo de 2,6%. Estos indicadores van acompañados de otros semejantes en sectores tales como la salud, la vivienda y la educación, que hablan sobre el deterioro progresivo de la calidad de vida de los venezolanos en los últimos años. Mientras en países en condiciones de desarrollo similares han logrado reducir sus niveles de pobreza, o por lo menos mantenerlos estables, en Venezuela la pobreza se ha agudizado con el pasar de los años. La pregunta que se hacen los analistas es por qué un país con tantos recursos como Venezuela ha retrocedido hasta tener un nivel de ingresos parecido al que se tenía en el período inmediatamente anterior a 1960.

Los estudios realizados a lo largo del Proyecto Pobreza así como otros análisis similares, apuntan a la complejidad del problema: para entender el tema de la pobreza hay que revisar desde nuestra fuerte dependencia del petróleo hasta el funcionamiento del sistema educativo. En algunos puntos relativos a este tema existen consensos, pero en otros las diferencias son notables. Lo que sí es bien cierto es que sin duda alguna el tema de la pobreza —o de la calidad de vida, para expresarlo en términos más generales— es primordial en Venezuela, y que muchos otros problemas pasan primero por su superación.

No obstante, tras el tema de la pobreza existe una interrogante que algunas veces se manifiesta abiertamente, pero que casi siempre forma parte del pensar colectivo no expresado: ¿nuestra condición de subdesarrollo

tiene algo que ver con nuestro modo de pensar y de actuar? ¿Es la pobreza un problema realmente cultural?

El tema resulta complejo pues, por un lado, no podemos descartar que existen actitudes que refuerzan condiciones como la pobreza y el desorden; pero, por otro lado, aceptar de entrada que el problema de Venezuela es cultural sería negar que tras el empobrecimiento de los hogares venezolanos existe un proceso que involucra el funcionamiento de las instituciones, las políticas de desarrollo y las deficiencias productivas. Ya desde hace años, numerosos críticos y analistas de la realidad venezolana empezaron a advertir sobre el mal funcionamiento de nuestra economía y el mal diseño de algunas instituciones. Los sucesos de 1989 fueron, sin duda alguna, una sorpresa; pero no era ninguna sorpresa que para esa fecha empezaba a hacerse insostenible una sociedad fundada sobre el rentismo y el clientelismo.

El manejo de lo cultural como una de las variables en estos asuntos, muchas veces se realiza de manera poco disciplinada. Se recurre a la idea de cultura para demostrar que el otro, el pobre en este caso, es diferente del resto de la sociedad, encontrando así en la diferencia cultural la explicación de su situación. Se confunde cultura con cualquier expresión actitudinal; se atribuye a la cultura expresiones que son parte de otros ámbitos como la psique individual o el comportamiento de masas. En todo caso, no se plantea la cuestión que pareciera ser más obvia: si la cultura es la esfera donde se construye la identidad de un colectivo, en este caso el venezolano, nos deberíamos preguntar no sobre lo que nos hace diferentes, sino sobre lo que nos hace iguales. En otras palabras, frente al problema de la pobreza, el problema no sería la cultura del pobre sino la cultura de la sociedad que produce pobreza.

Cuando el Proyecto Pobreza se planteó la interrogante sobre los determinantes culturales de la pobreza, apuntó principalmente a que estos determinantes eran parte de la sociedad en general y no de un segmento de ella. Por esto la investigación no partía del principio de que la cultura del pobre fuera diferente del resto de la sociedad, siendo además los pobres la mayoría de la sociedad. Como en toda investigación exploratoria, si bien tenemos algunos presupuestos que relacionan ciertas actitudes con logros sociomateriales, nuestro punto de inicio es que no son las diferencias culturales las que explican la pobreza. Sin embargo, este punto de partida también nos lleva a otra pregunta: ¿qué es la cultura? Por los momentos –más adelante abordaremos con mayor profundidad esta pregunta– asumimos como cultura aquellas expresiones que reflejan los valores y las creencias de las personas.

La relación entre los modos de actuar y de pensar de la gente y las condiciones sociomateriales es mucho más compleja que una simple relación de determinación de una sobre otra. La visión materialista que explica la forma



como las condiciones materiales inciden en el funcionamiento de otras estructuras sociales, y la visión valorativa que señala la manera en que las estructuras de valores de las personas inciden directamente en sus condiciones de vida, presentan aportes muy interesantes al momento de entender el modo como funcionan la sociedad y sus situaciones. Pero ninguna de las dos puede explicar por sí sola el desarrollo de las dinámicas sociales.

Nuestra hipótesis de partida es que esa relación entre modos de actuar y de pensar y las condiciones sociomateriales es mucho más compleja que la afirmación de que una determina la otra; y esto principalmente por dos razones: primero, porque la realidad social termina siendo muy rica en su variedad de situaciones, combinando materialismo y cultura en proporciones diferentes; y segundo, por la existencia de múltiples mundos que componen lo social, empezando por lo individual, pasando por lo familiar y lo institucional, hasta llegar a lo societal. El juego que hacen estos mundos pasa muchas veces de manera desapercibida, lo que hace que se confundan conceptos complejos como los referidos a los individuos, las masas y la sociedad.

De esta manera, en el estudio realizado para el Proyecto Pobreza se decidió contemplar dos elementos básicos: el primero, explorar una parte de la cultura en sus expresiones valorativas y de creencias; y el segundo, investigar a escala individual dichas expresiones. La intención de este trabajo es entonces explorar las orientaciones actitudinales de la población venezolana, especialmente aquellas orientaciones que permiten el desarrollo de actitudes orientadas hacia la productividad,

Nuestra hipótesis de partida es que esa relación entre modos de actuar y de pensar y las condiciones sociomateriales es mucho más compleja que la afirmación de que una determina la otra; y esto principalmente por dos razones: primero, porque la realidad social termina siendo muy rica en su variedad de situaciones, combinando materialismo y cultura en proporciones diferentes; y segundo, por la existencia de múltiples mundos que componen lo social, empezando por lo individual, pasando por lo familiar y lo institucional, hasta llegar a lo societal. El juego que hacen estos mundos pasa muchas veces de manera desapercibida, lo que hace que se confundan conceptos complejos como los referidos a los individuos, las masas y la sociedad.

tales como la conciencia de control de la realidad o el universalismo, y conocer su relación con las condiciones de vida de las personas y sus hogares.

En el presente trabajo presentamos, en una primera parte, los resultados de una encuesta realizada con el fin de explorar y analizar las relaciones entre las estructuras de valores y de creencias de las personas y su situación sociomaterial. Frente a los hallazgos de este estudio, lo que sería el esfuerzo por analizar los resultados nos obliga, en una segunda parte, a plantearnos un esquema de interpretación que consiste en una aproximación al tema de cultura y pobreza en Venezuela. Si bien este esquema se origina en el esfuerzo por comprender y exponer los resultados de la encuesta, su alcance va más allá de lo planteado por ella: si el análisis de datos explora en los individuos, la aproximación propuesta versa sobre la sociedad venezolana.

